

# LA CONSTITUCIÓN Y LAS LEYES.

MARTES 22 DE OCTUBRE DE 1822.

Continúa la galería biográfica de los hombres célebres por la causa de la libertad.

Concluyen los sucesos de *La Serjio Catilina*.

Después del fogoso y elocuente apóstrofe con que *Ciceron* confundió á *Catilina* ante el Senado; después de la viva y general indignación que contra él manifestaron todos los senadores; ya no habia más consideraciones que guardar. *Catilina* partió de Roma aquella noche con trescientos hombres armados; después de dar nuevas disposiciones para asesinar al cónsul é incendiar la ciudad, ofreciendo estar muy pronto á sus puertas al frente de un grande ejército. Hizo estender la voz de que habia sido desterrado por el cónsul en uso de su autoridad privada, pensando de este modo hacerlo odioso. *Ciceron*, á quien estos rumores daban inquietud, reunió y arengó al pueblo; y esta fue la segunda de sus famosas *Catilianas*, de la que ya hemos publicado en otra ocasion un trozo (N. 24. pág. 277), y del que creemos oportuno remitir de nuevo á nuestros lectores.

Entretanto que *Ciceron* trazaba el plan y tomaba sus disposiciones, para imposibilitar los manejos y destruir las maquinaciones de los conjurados, *Catilina* se alejaba de Roma, dirigiéndose al campo de *Mantio*. *Cátulo* recibió á poco una carta que manifestó al Senado, en la que el conspirador se arrancaba del todo la máscara, y declarando en términos formales, que se habia encargado de esta causa comun de todos los desgraciados, y que apurados ya sus

frimiento por las injusticias de sus adversarios, y viendo los puestos mas distinguidos y honoríficos de la república, ocupados por hombres sin mérito, habia recurrido al único medio que le quedaba para sostener su dignidad y su fortuna. El Senado lo declaró solemnemente enemigo de la república, y mandó alistar y reunir tropas que á las órdenes de Antonio marchasen en diligencia contra él, mientras que Ciceron quedaba en la ciudad para guardarla y defenderla. Concedió ademas una general amnistia á los que siguieron aquel partido, con tal que abandonasen á Catilina. Mas era tal la obstinacion de sus partidarios, que ninguno dejó las armas, ni se presentó á revelar alguna cosa tocante á la conspiracion; con cuyo motivo se lamenta Salustio de la desgracia del pueblo romano que habiendo llegado á la cumbre del poder y de la grandeza, y á ser dueño del universo gozando toda clase de bienes, nutria á la par en su seno á ciudadanos tan obcecados y miserables que trabajaban con obstinacion para perderse ellos mismos con la república. Lo que debe aún mas sorprehender es, que en Roma la multitud sencilla hacia votos en favor de Catilina; con tanta facilidad se abusa de la credulidad é ignorancia del inocente pueblo, y se le seduce y arrastra á su propia ruina y perdicion por hombres turbulentos y ambiciosos! Solo Ciceron salvó á Roma de este inminente peligro; y la república le fue deudora de su salvacion por su entereza en forzar á Catilina á renunciar al disimulo con que encubria sus maquinaciones, haciéndolo salir de la ciudad, y por el zelo y valentia con que supo libertar á aquella de las tramas y asechanzas de los enemigos domésticos.

Lentulo, agente de Catilina, trató de seducir y atraer á su partido á los Alobroges, pueblo belicoso de las Gaulas, cuyos diputados se hallaban en Roma exasperados á causa del mal estado de sus pretensiones; mas la buena fortuna de la república, como observa Salustio, hizo que los diputados, á quienes el descontento hizo un instante titubear, se resolviesen á dar aviso al cónsul de aquella nueva y formidable trama; de quien recibieron orden de prestarse simuladamente á las ideas de los conjurados, con el fin de exigir de ellos pruebas que sirviesen para su convencimiento. El plan de los conjurados estaba ya dispuesto y tomadas las últimas disposiciones. L. Bestia tribuno designado por el pueblo, y que estaba pronto á exercer esta dignidad, debia reunir la multitud é invectivar contra Ciceron, pintandolo como un hom-

bré tímido que llenaba la ciudad de terrores pánicos é infundados, y que por sus vanos rezelos habia dado lugar á una guerra desastrosa. Esta era la señal, para los que ya estaban prevenidos, de pegar fuego á Roma por doce barrios á cuarteles á un mismo tiempo. Para esto se habia hecho grande provision de materias infamables, y estaban dadas disposiciones para tapar las fuentes y aqueductos, y se habia apostado jente que matase á todo el que fuese por agua. A favor de este tumulto debia ser asesinado *Ciceron* y casi todos los senadores: el resto de las victimas estaba tambien designado como igualmente los asesinos; habia hijos de familia que debian matar á sus padres, y mujeres á sus maridos. En medio de este desorden espantoso, *Catilina* debia presentarse á las puertas de Roma, para salir al encuentro y matar á los que tratasen de salvarse, y unirse á los autores de esta sangrienta ejecucion. Ya no se trataba mas que de señalar el dia. Los mas violentos y exaltados opinaban no debia diferirse, atendiendo á lo perjudicial que podia ser la dilacion, y condenando la lentitud y timidez, contrarias de tales empresas. Entretanto los diputados *Alobroges*, obrando conforme á las instrucciones del cónsul, tubieron la destreza de sacar á los jefes de la conjuracion un escrito que garantizase sus promesas y con el que pudiesen (decian) hacer fé á sus compatriotas. Interin estas dilaciones y convenios, *Ciceron* instruido por los *Alobroges*, se aprovechó de la imprudencia y ceguedad de los conspiradores, y sabedor de la noche en que aquellos habian acordado partir de Roma acompañados de *Volturcio*, uno de los agentes de la conjuracion, con direccion al campo de *Catilina*, los sorprendió y detiene felizmente á su salida, apoderandose de las pruebas justificativas de aquel horrible complot, increíble todavia á los ojos de muchos. Lleno de júbilo por la posesion de estas pruebas, se hallaba no obstante dudoso acerca del partido que debia tomar respecto de ciudadanos de un alto rango y de ilustre nacimiento, que se habian hecho culpables de tan enorme crimen. Veia que su suplicio lo haria odioso, pero que su impunidad era la ruina de la república. Al fin tomó su resolucion como hombre animoso, y no temió sacrificarse á si mismo por la salud de la patria.

Hace llamar á *Léntulo* y á los principales jefes de la conspiracion, que ajenos de lo sucedido se presentaron sin rezelo. Cuando *Ciceron* se vió dueño de las personas de los principales criminales, convocó el Senado en el templo de la Con-

cordia; y como *Lentulo* era pretor, lo condujo el mismo llevándolo por la mano. Los otros fueron llevados bajo buena escolta. Allí *Volturcio*, á quien se habia ofrecido el perdón y aun una recompensa, declaró todo lo que sabia: los *Alobroges* fueron oídos en seguida, y confirmaron el hecho. Por último los culpables, obligados á reconocer su firma y sello, confesaron su crimen, y fueron conducidos á casas particulares donde debían ser guardados bajo la custodia y responsabilidad de ciudadanos distinguidos que fueron designados al intento. El Senado tributó acciones de gracias á *Ciceron* en los términos mas honoríficos, declarando que *habia salvado la ciudad del incendio, los ciudadanos de la muerte, y la Italia de la guerra*; destinando además un dia de fiesta en su obsequio, para dar gracias á los Dioses de aquel inestimable beneficio; especie de honor que nunca se habia decretado para otro alguno en semejantes circunstancias.

*Ciceron* reunió de nuevo el Senado, para deliberar sobre la suerte de los presos. El estado de los negocios no permitia ninguna dilacion. Los afectos de *Lentulo* y demas prisioneros, hacian tentativas para substraerlos violentamente de las casas en que se guardaban. Toda la ciudad estaba á la expectativa de lo que se iba á resolver. Un inmenso pueblo ocupaba la plaza pública, los templos vecinos y todas las avenidas del Senado. La colina del *Capitolio* estaba cubierta de caballeros romanos. Toda la nobleza joven se alistaba á competencia para tomar las armas y apoyan con la fuerza el decreto que iba á ser promulgado. Todas las condiciones, todas las edades se hallaban reunidas con un mismo sentimiento. Jamas hubo una union mas perfecta en Roma contra los malos ciudadanos. Los partidarios de los conspiradores, débiles y en pequeño número no osaban presentarse.

Reunido el Senado comenzó la discusion con encontrados pareceres, pues aunque el delito de los conspiradores estaba tan demostrado, y la seguridad de la república exijiese imperiosamente una medida vigorosa capaz de aterrar á sus enemigos; *Cesar*, pretor designado por el pueblo, ya fuese por afecto ácia ellos, ya porque creyese ver violados los derechos de los ciudadanos por un proceder ilegal, ó ya como piensa *Plutarco*, que considerase todo tumulto y faccion en el estado como un jermen ó semilla de lo que él mismo intentaba hacer, quiso mejor aumentar el fuego que contribuir á extinguirlo; y elevando su voz contra el consentimiento unánime de los que lo habian precedido, intentó per-

suadir al Senado, salvase la vida de los criminales. Su discurso aunque sofisticó fué imponente y dicho con arte; prestándole además una gran fuerza su crédito personal. De este modo atrajo á sí el parecer de muchos de los que opinaron en seguida; y aun alguno de los que le precedieron mostró querer suavizar su dictamen. Los amigos de *Ciceron* que creían ver espuesta su seguridad, si las cosas se llevaban al último extremo, se inclinaban también al partido de la dulzura. Pero el cónsul no fué sensible á los temores de sus amigos. Ocupado únicamente de la salud pública interrumpió la deliberacion, y en un elocuentísimo discurso, hizo conocer lo infundado y erroneo del dictamen de *Cesar*; y demostrando que la verdadera compasion consistia en salvar al pueblo del incendio y de la muerte con el justo y oportuno castigo de los conspiradores; pintando con colores muy vivos qual hubiera sido la suerte de la ciudad si aquellos monstruos, con *Catilina* á su frente, hubieran llegado á dominarla; despreciando en seguida el riesgo de su persona, pues contando con la proteccion de los Dioses y la justicia de su proceder, miraba su riesgo con indiferencia y que la muerte no podia menos de serle gloriosa por haber salvado la república; concluyó con manifestar la necesidad de tomar una medida severa con los acusados. *Caton* sostuvo con todo el vigor de su carácter el partido de la firmeza, refutando el discurso de *Cesar*, é inspirando al Senado que habia comenzado á titubear, la misma resolución.

Los conspiradores fueron castigados en seguida con el último suplicio. Acabada la ejecucion por la noche, *Ciceron* atravesó la plaza pública para volver á su casa acompañado de todos los ciudadanos, que trasportados de alegría, hacian resonar los aires con sus gritos y aclamaciones, llamándolo el salvador de la patria, y segundo fundador de Roma. Las calles estaban iluminadas; y el bello sexo ocupaba las ventanas para ver pasar al cónsul y aclamarlo. *Ciceron* caminaba gravemente escoltado de los mas ilustres personajes, de los que muchos habian terminado felizmente guerras considerables, hecho conquistas, ú obtenido el triunfo. Mas todos colocaban su gloria en un grado inferior á la de *Ciceron*; pues confesaban que solo á su firmeza y ánimo jeneroso se debía la salvacion y seguridad del pueblo romano; siendo sobre todo digno de admirar, que la mas peligrosa conspiracion que jamás hubo, se hubiese sofocado sin tumulto y á costa de muy poca sangre.

El suplicio de *Léntulo* y de los demas compañeros de su infortunio produjo la ruina de todo el partido. *Catilina* con las pocas fuerzas que le quedaban, no podia ciertamente resistir á todas las del imperio. Cuando unió su tropa á la de *Manlio* tendria cerca de dos mil, hombres. Pero pronto se halló con fuerzas suficientes para formar dos legiones completas, cuyo total subiria á diez mil aunque faltos considerablemente de armas. *Catilina* contaba, si sus proyectos tenian buen éxito en Roma, con tener dentro de poco á sus órdenes un poderoso ejército. Entretanto, fatigaba al cónsul *Antonio* con marchas y contramarchas, evitando siempre cuidadosamente el combate. La noticia del desastre de sus amigos, fué un rayo para él y sus tropas. Muchos desertaron, y el mismo no pensó ya mas que en retirarse con el resto hacia las *Gaulas*. *Metelo Celer* que habia limpiado el *Piceno* de todos los partidarios que allí tenia la conjuracion, supo este movimiento de *Catilina*, y vino á apostarse al pie de las montañas por donde debia bajar para pasar de Toscana á Liguria. Al mismo tiempo *Antonio* le picaba en su retirada; y de este modo se vió *Catilina* encerrado entre montañas y dos ejércitos, uno al frente y otro á retaguardia. No le quedaba mas recurso que una batalla y se resolvió á tentarlo. Retrocedió y marcha contra *Antonio*, aunque este fuese superior en fuerzas á *Metelo*. Pero *Catilina* esperaba algo todavia de un antiguo amigo, que por lo menos lo creia afecto de corazón. Antes de dar la batalla, arengó á sus tropas para representarles la necesidad en que estaban de morir ó vencer; pues hallandose sin ninguna salida para escapar del lugar en que estaban encerrados, rodeados de dos ejércitos enemigos, sin provisiones ni viveres, todo tenian que esperar lo de su valor. Les representó lo inutil de la fuga, les recordó sus buenas acciones, concluyendo con escortarlos, en caso que la fortuna les reusase la victoria, á vender caras sus vidas.

Despues de este discurso dió la señal del ataque, conduciendo sus tropas á la llanura, y separando los caballos del campo para hacer igual el peligro. Despues de haber dispuesto su ejército en dos lineas, se situó en el centro, al frente de sus mejores soldados y junto á un águila de plata que el pretendia haber servido de insignia á *Mario* en la guerra de los *Cimbrios*, y que tenia la costumbre de acatar como á una divinidad tutelar. El ejército del pueblo romano, como lo llama *Salustio*, se dispuso en el mismo orden. *Petreyo* reemplazó en el mando á *Antonio* por hallarse ó

finjirse este atacado de la gota. El encuentro de ambos ejércitos fué formidable; *Catilina* con sus mejores soldados acudia á todas partes haciendo los deberes de soldado y de capitán. *Petreyo*, viendo que no podia arrollar á jentes que se batian con tanta obstinacion y denuedo, hizo avanzar la cohorte pretoriana. El choque de esta cohorte fué tan violento, que hizo ceder al centro de *Catilina* poniendolo en desorden. Al mismo tiempo fueron desbaratadas sus dos alas, y muertos sus comandantes. Todo el ejercito fué puesto en derrota, y *Catilina* viendose rodeado de muy pocos de los suyos, tomó su partido como hombre desesperado, y arrojandose en medio de los mas espesos batallones enemigos, encontró alli una muerte que hubiera sido gloriosa si hubiese combatido por mejor causa.



**VARIETADES.**

o/o

**Sres. Editores.** = En los números 41 y 46 de su apreciable periódico tubieron vds. la bondad de estampar mi opinion sobre la consolidacion de la deuda sin interes y con él, que poseen los acreedores del Estado: ella está reducida á hacer ver que hai medios suficientes para mejorar mucho la suerte de los acreedores, socorriendo al mismo tiempo el crédito público á la tesoreria con algunos millones en tan apuradas y criticas circunstancias como nos hallamos; y siendo uno de los fines primarios el proveer de materiales á los que estan al frente de los negocios, para que puedan con menos trabajo echar mano de lo que juzguen mejor, no parecerá extraño que trate ahora de conseguir aquello, de otro modo mas sencillo, y mas útil á los acreedores, aun que sea separandome del principio *para mi esencialísimo*, de auxiliar desde luego á la tesoreria con metálico.

El asunto de que se trata es de tal naturaleza, que son incompreensibles los bienes que debe traernos; por que quien será capaz de graduar la suma de riquezas que ha de proporcionar á la nacion el poner en movimiento, nada menos que 90 millones de rs. que yacen ahora tan infructíferos, á corta diferencia, como el oro que está enterrado bajo los cerros del Potosí? Si como dice Say "la industria de una nacion está ceñida al número y valor de sus capitales" si solo "detiene sus progresos la falta de ellos" y si "cuando estos abundan todo el mundo encuentra, aun sin bus-



carlo, en que emplearse“ ; cuántos bienes de todas clases podemos esperar desde que se pongan en acción? He aquí la causa por que he dicho otras veces y repito ahora, que todo buen patricio debe esponer sus ideas sobre una materia tan importante. Cuando las Cortes dictaron los varios decretos sobre crédito público se propusieron; 1.º mejorar la suerte de los acreedores; 2.º asegurar el pago de intereses en la forma que estan mandados satisfacer; 3.º evitar en lo posible la emision de papel por intereses; 4.º la mas pronta estincion de toda la deuda; y 5.º recoger cuanto antes el fruto que estas disposiciones debian producir. A mi me parece que todo esto se puede verificar, con mejor éxito que hasta el presente, con solo variar el pago de las fincas. Estas se venden ahora los  $\frac{2}{3}$  á deuda con interes, y los  $\frac{1}{3}$  á la que no lo goza; pues si en lugar de esto se mandasen vender la cuarta parte de la tasacion en numerario, y el resto del remate en deuda sin interes, creo que tendremos conseguido todo. (1)

Los acreedores con interes verán asegurado el puntual pago de la cuarta parte que deben percibir en numerario, y encontrarán mas ventaja en las  $\frac{3}{4}$  partes que reciben en papel: sus capitales tomarañ mucho favor con las compras anuales que se hagan de ellos para amortizarlos. Los que poseen deuda sin interes necesariamente han de mejorar su suerte, asi por quedar esclusivo su papel para las compras, como por la mejora de la otra deuda que ha de influir sobre esta.

La estincion de toda será breve, como veremos, y se contendrá mucho la emision de nuevo papel por intereses, punto muy principal.

(1) Véase el número 50 de este periódico, y además téngase presente que el establecimiento necesita numerario para atender á sus obligaciones; que las entradas son ahora harto mezquinas, y que irán disminuyendo por las ventas; que no hai un medio mas sencillo, mas natural, ni mas justo que el de sacar el metalico de los mismos bienes; que si es utilísimo el pago de intereses para los acreedores y para el crédito, lo es mucho mas el satisfacer las pensiones á los esclaustrados por la ley, y por su voluntad, pues diga-se lo que se quiera, estas jentes siempre tendrán un gran influjo sobre la multitud: hasta la mas remota duda en el pago debe evitarse.